

Pilar Cernuda

# Amigas

Una novela sobre la libertad,  
el perdón y el amor

la esfera  de los libros

Primera edición: febrero de 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 /93 272 04 47).

© Pilar García-Cernuda Lago, 2022  
© La Esfera de los Libros, S. L., 2022  
Avenida de San Luis, 25  
28033 Madrid  
Tel.: 91 443 50 00  
[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

ISBN: 978-84-1384-267-7  
Depósito legal: M. 33.844-2021  
Fotocomposición: Creative XML, S.L.U.  
Impresión y encuadernación: Cofás  
Impreso en España-Printed in Spain

El avión estaba a punto de aterrizar en Edimburgo, por megafonía ya habían pedido a los pasajeros que se abrocharan los cinturones, plegaran las mesas y colocaran los asientos en posición vertical.

A Carmen le gustaban cada vez menos los aviones. No por miedo, sino porque los aeropuertos eran algo insufrible: dos horas de anticipación para los vuelos internacionales, colas interminables en los mostradores de *checking* y medidas de seguridad desde el 11-S que convertían las llegadas y salidas en una peripécia que siempre te llevaba a pensar que no valía la pena repetir la experiencia.

El problema era que desde Madrid solo podías ir a Escocia en avión, a no ser que quisieras pasar varios días dando tumbos por Francia e Inglaterra. Bueno, ya faltaba poco para encontrarse con Mel.

Qué vida la de Mel, aunque más bien habría que decir qué vida también la de ella misma. Sesenta años muy bien llevados, todo el mundo decía que parecía que tenía muchos menos —no aparenta ni uno más de cincuenta y nueve, bromeaba Toño cuando alguien insistía en que era más joven—, pero solo ella sabía que los años pesaban. A veces le costaba recordar nombres

de personas que formaban parte de su círculo más cercano, empezaba a sentirse insegura cuando conducía de noche y con frecuencia se escandalizaba de sí misma cuando se descubría pensando que los jóvenes estaban perdiendo principios que eran fundamentales para la gente de su generación; era lo que le reprochaba su madre cuando tenía veintitantos años y abrazaba causas y hábitos que le parecían un escándalo. Al final, Carmen había comprobado que, aunque pasaran años y años, se repetían las mismas escenas familiares. En una ocasión, una desconsolada Ana le había llamado solo para desahogarse: «No te lo vas a creer, pero acabo de hacer algo que en mi vida pensé que iba a vivir. Le he dicho a mi hija, a gritos, que así no salía a la calle».

Probablemente, pensó Carmen, Ana la había llamado porque ella siempre se había puesto siempre el mundo por montera. En el grupo de amigas, de compañeras de universidad y de después de la universidad, rompió esquemas. No por la ropa, la música, las salidas nocturnas o los novios, sino por cosas bastantes más serias. Carmen, además, no había tenido muchos novios, pero sus relaciones sentimentales tuvieron consecuencias. No se arrepentía de casi nada, excepto de que había hecho daño a dos o tres personas a las que quería y admiraba. Pero ¿quién no ha hecho daño a alguien a lo largo de su vida? No se sentía orgullosa, pero más de una vez se decía que lo importante era ser leal a una misma.

Contaba su abuela que ella había vivido el cambio más profundo de una generación: pasó del coche de caballos a ver en su casa, en televisión, la llegada del hombre a la luna. Sí, un gran cambio, pero también había sido importante el vivido por Carmen, pasar de una dictadura a una democracia. No solo supuso una transformación política que asombró y produjo admiración en propios y extraños, sino que provocó una auténtica revolución social en todos los aspectos, entre ellos la incorporación de la mujer a mundos hasta entonces vedados. Carmen recordaba perfectamente cuando las mujeres no podían abrir cuentas

corrientes, ni viajar sin un permiso escrito de sus padres o maridos, o acceder a oposiciones para jueces o fiscales. Ser pilotos o militares...

Nunca olvidaría los tiempos en los que había vivido en primera línea las transformaciones. Era una de las españolas que podía comprender la importancia de la apertura social porque su generación conocía perfectamente el antes y el después del setenta y cinco. Una nueva forma de vida surgió tras la muerte de Franco, con la ayuda de dirigentes de muy diferente ideología que sumaron esfuerzos para que quedara definitivamente atrás la dictadura. La nueva mentalidad se había asentado con mucho esfuerzo, pero valió la pena porque esa mentalidad llegó para quedarse.

Escuchó el golpe del tren de aterrizaje. En nada de tiempo abrazaría a Mel y a los niños. Cada vez que se encontraba con ellos recordaba episodios de su vida que la habían marcado para siempre, y no solo a ella. Episodios que no quería olvidar, y tampoco podría hacerlo.

# PRIMERA PARTE

—¿Carmen? Unos segundos de silencio, ninguna respuesta. Sin embargo, había alguien al otro lado de la línea, se oía perfectamente su respiración.

—¿Carmen, eres Carmen?

Un chasquido. Él todavía esperó unos segundos más. Después, también colgó el teléfono.

**S**e paró con una bandeja de copas en la mano. ¿Acertaría? ¿Era el momento adecuado? ¿No estaría cometiendo un error?

Llevaba meses dándole vueltas. Años de silencio, de callar algo que había convulsionado su vida y que afectaría también a la de las mujeres que, desde que recordaba, habían formado parte importante de esa vida. Sobre todo, la de una de ellas. En pocas horas llegarían sus amigas de siempre, del colegio, la universidad, de los distintos trabajos por los que había pasado. Lucía, Ana, Isa, Menchu, Maruxa... Lucía, ¿qué iba a pensar Lucía, ejemplo de sensatez? O Isa, que parecía predestinada a ser rebelde, experta en meterse en líos. Carmen la había sacado de un par de ellos. La política, o los enamoramientos relacionados con la política, habían marcado sus tiempos universitarios y varios años posteriores. Isa, hoy serenamente asentada, era una de las amigas más queridas, y Carmen creía que finalmente había conseguido ser una mujer feliz. Probablemente comprendería bien la decisión que había tomado Carmen en su momento, y que esa tarde todas iban a conocer. Pero no estaba segura de que la fueran a recibir bien, y, sin embargo, era importante para Carmen que la aceptaran tal como era, tal como había sido durante los años



que les ocultó una parte importante de su vida. Creía que podía contar con su apoyo... pero no estaba completamente segura. Isa, por ejemplo, ¿seguiría pensando que Carmen era un modelo a seguir, como decía desde que la conoció en la universidad y casi desde el primer momento sintió una admiración no disimulada por ella?

Se dedicó unos segundos a reflexionar sobre sí misma mientras ultimaba lo que le quedaba por hacer antes de que aparecieran. Siempre había tenido una habilidad especial para hacer lo que le apetecía en cada momento sin que nadie se atreviera a plantarle cara. Ni su madre. Cuando estaba a punto de darle un grito, de decirle así no, de prohibirle algo, Carmen se metía con ella por ser tan mandona, le decía que con lo guapa y lo culta que era tenía que comprender que los tiempos cambian y hay que adaptarse a ellos, y le daba un achuchón que la desarmaba. Después, al hacer un repaso a lo que había ocurrido y a la discusión que había mantenido con su hija, se enfadaba al darse cuenta de que, una vez más, Carmen le había ganado la batalla. Pero era imposible enfadarse. Ni siquiera cuando sus primas y amigas tuvieron problemas en casa por la ropa, por los pantalones primero, por las minifaldas después, Carmen había tenido una sola discusión con su madre. La primera vez que se compró unos pantalones, llegó a casa con ellos puestos y con un: «Mamá, ¿has visto qué bien me quedan? ¿Por qué no te animas tú que tienes tipazo? Te convertirías en la más avanzada de tus amigas. En un par de años, cuando empiece la universidad, habrá mujeres en clase con pantalones, ya verás». La madre, espantada al ver a su hija vestida de machote, se sintió incapaz de decirle que se cambiara inmediatamente de ropa. Se la veía tan entusiasmada...

Carmen se consideraba una privilegiada. Había crecido en una familia muy unida que vivía en un buen piso del barrio de Salamanca, a dos pasos de la calle Serrano, que conocía como la palma de la mano. Su infancia y juventud habían sido felices,

sin problemas, jamás le faltó nada. Su padre le hablaba a veces de la dureza de la guerra, y de las carencias de la posguerra. Pasó hambre y, en alguna ocasión, cuando se encontraba ante una mesa bien surtida, sobre todo en las festividades, o los domingos en que solían comer fuera porque la cocinera libraba, Carmen recordaba lo que contaba su padre más de una vez sobre las penurias vividas. Ocurría en las casas de todas sus amigas, niñas y jóvenes de familias acomodadas, pero con padres que sabían qué era no tener nada o casi nada para comer, y lo recordaban cada vez que uno de sus hijos hacía ascos a la comida o pronunciaba las palabras prohibidas: «Esto no me gusta».

Carmen miró inconscientemente hacia el aparador, donde había colocado una cesta con manzanas y ciruelas que había cogido ella misma esa mañana en la casa donde iba a reunir a sus amigas.

Quería compartir con ellas, al fin, el peso que había sobrellevado prácticamente sola durante casi treinta años. Pocas veces recordaba aquel episodio que la marcó tanto, pero cuando aparecía se convertía en una losa difícil de soportar. Nadie mejor que ellas para escuchar su secreto y, esperaba, comprender lo que había hecho tres décadas antes; nadie mejor que ellas, que vivieron juntas años muy intensos, en algunos casos desde la infancia. Años también de adolescencia y madurez, con experiencias que unen o separan para siempre.

La amistad se había fortalecido a través de los estudios, los trabajos, los noviazgos, las rupturas, los llantos e incluso la intransigencia de los padres que no aceptaban los cambios de la sociedad y todo les parecía mal. A todo ello se sumaba la política... La dichosa política. Aun ahora, después de tanto tiempo, todavía se sentían marcadas por aquellos años apasionantes de la universidad, del mayo del sesenta y ocho que a todas les habría gustado vivir en París, pero tuvieron que conformarse con seguir las noticias que les llegaban de fuera, muy condicionadas por la censura. Cuántas cosas habían compartido,

y cómo se habían acomodado a los cambios... La muerte de Franco, la libertad, poder leer el libro que se les antojara, viajar sin un papel con el permiso del padre y ver las películas sin cortes y sin doblajes, que en algunos casos cambiaban el sentido de las frases que parecían inmorales y hacían incomprendible la historia que se veía en la pantalla.

Carmen, mientras seguía poniendo la mesa, se preguntó si esa unión férrea que habían mantenido tanto tiempo seguiría intacta después de esa tarde. Conocer lo que les iba a contar podía dañar a gente a la que de ninguna manera quería dañar.

¿Se equivocaba al convocar ese encuentro de fin de semana en su casa de la sierra? Sería un poco como recordar tiempos pasados en La Cañada, donde habían celebrado fiestas y disfrutado de paseos interminables que acababan siempre con charla delante de la chimenea, asando castañas que sonaban como disparos en el fuego si a alguna no se le había hecho el corte en la piel para que no saltaran. Allí, cerca de Camorritos, se sentían absolutamente desinhibidas porque nunca estaban con ellas los padres de Carmen, que preferían disfrutar de Madrid los fines de semana. La Cañada era para los chicos. O más bien para Carmen, que había tomado posesión de esa casona hasta el punto de que su hermano casi nunca ponía los pies en ella. Y si lo hacía, era a Carmen a la que preguntaba si podía ir con sus amigos. Si a ella le venía bien.

La Cañada, que había pertenecido desde antes de la guerra a la familia de su padre, era refugio de fin de semana de las compañeras de universidad y de las amigas que fueron aportando cada una. Solo chicas. Sus padres nunca habrían consentido en dejar la casa a chicos y chicas. Pero en ese chalé enorme cerca de Guadarrama, en la época de universidad pasaron muchas cosas.

Ana, por ejemplo, aceptó la sugerencia de Carmen para encerrarse allí cuando en Madrid no encontraba el sosiego necesario para preparar las oposiciones a funcionaria, y llegó a estar dos meses seguidos sin salir y sin que nadie acudiera a verla para

no romper su rutina. Isa pasó en La Cañada su primera noche a solas con Sergio sin que los padres de Carmen lo supieran. Ni los de Isa, por supuesto. La habrían mandado de vuelta a casa, a Santander. Volvió con los ojos brillantes pensando que había encontrado al hombre de su vida. Los jóvenes siempre creen que el primer amor es el definitivo.

La Cañada estaba un poco apartada del pueblo, con un jardín grande, aunque de jardín tenía poco porque apenas había un par de rosales que florecían en primavera y duraban parte del verano. Había hierba que se mantenía gracias al rocío y la nieve del invierno; se secaba en verano y recuperaba el verde con los primeros fríos de otoño. Muchos árboles, varios de ellos frutales. Y arbustos. De vez en cuando, iba un hombre del pueblo a recortarlos, y con eso era suficiente. Concha, también del pueblo y ya entrada en años, se ocupaba de que la casa estuviera a punto, incluso preparaba algo de comer si hacía falta; pero las chicas normalmente preferían estar solas y se organizaban de manera que no necesitaban cocinar demasiado. Iban a buscar pan al pueblo, que no tenía punto de comparación con el de Madrid. Los domingos compraban de más para llevar a casa. Aunque no fuera del día se hacían con él unas tostadas que eran un lujo.

Carmen echó un vistazo al salón comedor. Los muebles no eran muy bonitos; conservaban los de los abuelos, de madera oscura, un aparador con mármol vetado encima y un espejo en el que se reflejaba un juego de té antiguo, de plata, que había estado allí toda la vida y no se utilizaba nunca. Sillas muy altas, también de madera oscura, como la mesa. Sin embargo, la parte de salón que estaba delante de la chimenea invitaba a acomodarse en el gran sofá y los sillones que tenía a los lados. Todos con muchos años, de los que se hunden y cuesta levantarse. En el suelo, de terrazo, también con años de uso y muchas capas de cera superpuestas, una placa de metal protegía la alfombra de las chispas de la chimenea, aunque había una pantalla de latón dorado, troquelada con dibujos.

Faltaba apenas media hora para que empezaran a llegar sus invitadas. Se acercó un momento al baño para dar un último vistazo al espejo y echarse unas gotas de colonia detrás de las orejas. Eau Savage, siempre le habían gustado más las colonias de hombre que los perfumes de mujer. Siempre. Más de una vez había bailado con parejas que lo utilizaban, y en esas ocasiones se decía que el chico o el hombre con el que bailaba seguramente no había advertido que ella se había perfumado, o encoloniado, porque olía lo mismo que él.

Carmen no era especialmente guapa, pero sí atractiva. Boca demasiado grande y pómulos muy marcados. Hubo épocas en las que se sintió fea, cuando se pusieron de moda las caras y la ropa aniñadas, pero finalmente se conformó con su aspecto y recuperó la seguridad en sí misma que siempre la había caracterizado. Se ponía la ropa que le gustaba, la que sentía que le quedaba bien, y con frecuencia vio admiración en los ojos de quienes la acompañaban.

Carmen regresó al comedor, colocó más copas en la mesa, y se fue al armario de la ropa blanca a coger unas servilletas. En esa casa no entraba un plástico ni un papel, como tampoco en el domicilio familiar de Madrid. Manías de su madre, que decía que con la excusa de simplificar se empieza poniendo servilletas de papel y se acaba comiendo el postre en el mismo plato que la carne. Carmen no era tan estricta, pero reconocía que le gustaban ese tipo de detalles. Además, con lavadora y lavaplatos era todo más fácil. En alguna ocasión se había saltado las normas, cuando se reunían una veintena de personas entre el comedor y el porche, pero ese fin de semana solo iban a estar ocho en torno a la mesa.

Seguía llena de dudas. Llevaba días analizando los pros y los contras, pensando en la reacción de las chicas. Las seguía llamando las chicas, aunque alguna ya era abuela. Se había hecho una especie de guion mental, no escrito, sobre cómo decirlo. No podía ser de golpe, y las palabras previas eran importantes. Casi

se las sabía de memoria. Iba a ser un momento muy emotivo y debía controlar los nervios para hablar con serenidad y sin llorar. Sería difícil controlar el llanto, pero creía que podría hacerlo; a no ser que Lucía fuera incapaz de contener las lágrimas, lo que era habitual en ella desde que la conocía. Ya fuera por alegría, o por tristeza, en el cine o incluso en clase, las emociones las transformaba en lágrimas incontrolables. También Maruxa era de lágrima fácil, y siempre ponía la excusa de la *galleguidad*. Ojalá esa noche las dos, y todas, mantuvieran el control. Bueno, contaría con la ayuda de María, la única que sabía qué iba a ocurrir en La Cañada, y seguro que estaría pendiente de que todo saliera bien. Era fundamental que saliera bien.

No había vuelta atrás, porque, para no arrugarse en el último momento, cuando convocó a la reunión, dijo que era para celebrar que cumplía cincuenta años, como casi todas ese año —Menchu era algo mayor, había repetido curso en bachillerato, y Maruxa en cambio un par de años más joven—, y por tanto una oportunidad excelente para reencontrarse después de un tiempo en el que era difícil coincidir. Por los hijos, porque algunas trabajaban, y porque además tanto Isa como Maruxa vivían fuera de Madrid. Las tentó advirtiéndolas de que, aparte de que creía que los cincuenta era una ocasión perfecta para verse, quería explicarles algo que debía haber contado mucho tiempo atrás, cuando todas estaban solteras y llenas de proyectos. Que, por cierto, no siempre se cumplieron en todos los casos.

Sonó el teléfono. «Alguien que no viene o se retrasa», se dijo mientras se acercaba a la mesa para cogerlo. Se equivocaba.

—¿Estás bien? ¿Tranquila?

—Sí, no te preocupes. Creo que lo tengo todo controlado. Sobre todo, creo que sabré controlarme a mí misma.

—Estoy seguro, saldrá bien, ya verás. Lo mereces y, además, se trata de tu gente, de quienes mejor te conocen, y comprenderán muy bien la situación. Porque te quieren y porque no has hecho nada malo a nadie, todo lo contrario.

—¿Estás convencido de que de verdad no he hecho daño a nadie?

—Sabes que no, ni lo dudes. El tiempo te ha dado la razón.

—Eso sí, pero en el camino he podido dejar a alguien herido...

—No.

Fue un no rotundo. Tanto, que Carmen, como siempre, sintió que había elegido al mejor compañero de vida.

Carmen no sabía muy bien cómo se medía la vida, cómo se sabía si había sido convencional o una aventura llena de subidas y bajadas de emociones, de tensión. Sí sabía que la suya, su vida, había sido apasionante, en absoluto lineal, con figuras que iban entrando y saliendo dejando unas más huellas que otras.

Le tocó vivir una época de las que hicieron historia. Nació en el cincuenta durante una dictadura de la que no se enteró, en su familia nunca interesó la política y no fueron perseguidos ni perseguidores; afortunada, tardó años en conocer la parte más tenebrosa del franquismo, que la hubo, aunque ella ni la sospechaba. Entre otras razones, porque se movía en un círculo en el que no se mencionaban las cosas incómodas; su familia prefería vivir al margen de situaciones dramáticas, por seguridad. Y la mejor manera de conseguirlo era no hacer nada por conocer esos dramas. Creció entre algodones hasta que llegó a la universidad, igual que sus amigos y todos aquellos con los que fue creciendo sin más preocupaciones que ir pasando de curso sin repetir, lo que garantizaba vacaciones en la playa porque no era necesario quedarse en Madrid estudiando para aprobar en septiembre.



Al echar la vista atrás, recordó las figuras que siempre habían estado ahí, que evolucionaron al mismo tiempo que ella, sufrieron los problemas de todos como si fueran propios y compartieron también las alegrías de todos como propias. Habían sobrevivido a situaciones incómodas, a historias sentimentales fallidas, a algún episodio que mejor no haber conocido porque aún ahora, cuando habían pasado casi treinta años, Carmen reconocía que la había marcado. Vaya si la había marcado... El pasado siempre vuelve, y no siempre para bien. Pero, al menos en su caso, podía afirmar que no se había visto arrastrada por el temporal. Todo lo contrario.

Cogió una fotografía enmarcada que estaba en la mesilla de noche de su cuarto en La Cañada, y que ese día había colocado en la repisa de la chimenea para que la vieran todas. Un golpe de nostalgia nunca venía mal. Ahí estaba, entre otras, Lucía, muy seria, lo que no era habitual. Carmen sentía debilidad por ella, la conocía desde que las dos tenían diez años, cuando Lucía apareció en el liceo en primero de bachillerato. La única nueva.

No se amilanó cuando todos los ojos se clavaron en ella, pero tampoco miró a sus nuevos compañeros de forma desafiante. Sonrió, dijo que se llamaba Lucía, nada más, como si esperase que los otros, en un primer gesto de acercamiento, le dijeran también cómo se llamaban a la espera de que apareciera la profesora para darles la bienvenida. Aunque no tendrían clase, ese día de inicio de curso iba a ser una toma de contacto, nada más. En apenas una semana estaba ya absolutamente integrada en la clase, la ventaja de ser pocos alumnos.

Se sintió aceptada casi desde el primer momento; no era difícil, porque, a pesar de su timidez, despuntó desde el primer día por su fuerte personalidad. Y porque era una belleza, lo que siempre ayuda, aunque a veces surgen celos por parte de quienes también lo son y no se sienten cómodas ante una posible rival. O las que se saben del montón, pero aspiran a convertirse en guapas con los años y con la ayuda de maquillaje, pelu-

quería y encontrar estilo propio en el vestir; pero mientras tanto miran con envidia a la compañera que, como Lucía, tenía unos asombrosos ojos azules, nariz perfecta y un pelo castaño rizado que gustaba a todo el mundo menos a ella, que lo quería liso y fácil de peinar. Lo habitual.

A Carmen, inseparable de Lucía en el liceo y durante el resto de su vida, aunque aún no lo sabían, siempre le había sorprendido que, hasta PREU, ya con dieciséis años, apenas habían salido juntos los chicos y chicas de clase. Y, que ella supiera, y sabía mucho, tampoco hubo enamoramientos en sus años de colegio. Probablemente porque habían crecido juntos y el trato era casi familiar. Se conocían entre ellos perfectamente, lo mejor y lo peor de cada uno, se conocían los padres y los hermanos, incluso los primos y otros amigos de los compañeros de clase. Carmen y Lucía comentaron más de una vez que enamorarse de algún compañero de clase, tal como ellas habían vivido la época del colegio, era casi incestuoso.

Todo cambió en PREU, y aquel grupo del liceo hizo piña. Incluso se advertía un cierto aire protector en los chicos hacia sus compañeras, aire protector que no habían tenido antes. Les unían las experiencias vividas y los secretos compartidos. Todos eran amigos, pero Carmen, Lucía y Ramón se convirtieron en un trío, siempre juntos.

Ramón. Sabía que tendría que esforzarse más que sus compañeros para ir a la universidad, pues necesitaría beca, ya que en su casa no sobraba el dinero. Su padre era administrativo en una gestoría, cinco hijos, y su madre se ocupaba de la familia. A Ramón le reventaban las mujeres que decían que para realizarse tenían que trabajar. ¿Es que ser ama de casa no era un trabajo, es que su madre no trabajaba más que nadie? La mayoría de sus compañeros del colegio pertenecían a familias sin problemas económicos, pero él no se sentía diferente. Nunca. De mayor, cuando conoció historias de niños que conocían bien el significado de la palabra humillación, él siempre pensó que

era una excepción. Jamás vio rechazo, jamás dejaron de invitarle a los cumpleaños, e igualmente iban encantados a los que él celebraba en su casa.

Para Carmen y Lucía era el confidente y amigo, el compañero para todo, el protector. Cuando exageraba, Carmen le decía que parecía un guardaespaldas, pero en el fondo se sentía más tranquila cuando estaba él. Nadie las iba a molestar, nunca pasarían un mal rato.

Fue, se dijo Carmen, la conversación que determinó sus vidas. Empezó como un cambio de impresiones con Lucía sobre qué hacer al terminar el liceo, y sin darse cuenta decidieron su futuro.

Carmen tenía muy claro que quería ir a la universidad, aunque no estaba muy segura de qué carrera estudiar. Filosofía era la que atraía a más mujeres, pero no acababa de ver qué se podía hacer con ese título. No le gustaba la idea de dar clases, tampoco la asignatura de filosofía y, aunque había diferentes ramas en la carrera, ninguna le parecía especialmente interesante. Economía ni de broma, toda su vida se le habían atascado las matemáticas. Medicina imposible, se mareaba cuando veía una gota de sangre y le asustaba la idea de tener la vida de alguien en sus manos; estaba convencida de que, si empezaba, no llegaría a la mitad del primer curso.

No había mucho donde elegir. Ni pensar en una técnica, estaba el problema de las matemáticas, más la física y química, y, por otra parte, ni ingeniería ni arquitectura eran profesiones para mujeres, así que al final tenía que decidir entre derecho y políticas.

No conocía bien ninguna de esas carreras, aunque ser abogado tenía su aquel; pero le habían contado que había que estu-

diar mucho, con un par de asignaturas con catedráticos duros de roer. Y no se veía como abogada, aunque su padre lo era. Políticas parecía más adecuado, porque, si quería trabajar en el futuro, como pretendía, con el título de políticas tendría oportunidad de encajar en sitios muy distintos.

Su única certeza era que quería ir a la universidad, seguir formándose y tener una carrera por si las cosas no se presentaban como solían tener programado las mujeres de su generación: el matrimonio con un hombre que se ocupara económicamente de la familia. Pocas madres decían a sus hijas que, aparte de pensar en el matrimonio, lo hicieran también en ellas mismas y en que estudiar era siempre una garantía. Garantía de tener vida e ingresos propios, sinónimo de libertad. Carmen conocía a multitud de mujeres que, estaba convencida, se habían casado porque era lo que se esperaba de ellas, y no siempre lo habían hecho enamoradas. Estaba segura de que, una vez que el matrimonio resultaba un fracaso, aburrido, cuando no con escenas humillantes o incluso violentas, aguantaban porque en España no existía el divorcio. Y una anulación matrimonial era un reto: difícil de conseguir sin influencias y sin dinero. Pocas mujeres daban el paso de romper, asumir el coste social que eso suponía y buscar un trabajo que, con frecuencia, llegaba de la mano de algún familiar o amigo. En el círculo en el que se movía Carmen, el pequeño porcentaje de mujeres separadas que conocía trabajaban en alguna tienda de moda, de regalos o de decoración, lo que estaba socialmente bien visto. Alguna había encontrado hueco en un sector que empezaba a ser importante en aquellos años: el turismo. Se abrían innumerables hoteles y agencias de viajes, sobre todo, si se sabía inglés o francés. En cualquier caso, no era fácil para una mujer buscarse la manera de ganarse la vida si no quería depender de un marido al que ya no le unía nada excepto la tarjeta de visita compartida.

—¿Políticas?

Lucía hablaba con frecuencia con Carmen sobre el futuro. Las dos supieron siempre que querían ir a la universidad, y tenían la suerte de que sus padres estuvieran de acuerdo.

—¿Por qué políticas? —preguntó Lucía, nada convencida.

—Dime qué idea tienes tú, qué te apetece estudiar.

—No lo sé, aún faltan unos meses, y solo sé lo que no quiero, pero no lo que quiero. ¿Por qué políticas?

—Yo estaba igual. No sé nada de política, pero sí sé que en España va a haber cambios cuando muera Franco, y cuando llegue ese momento me gustaría tener conocimientos suficientes sobre lo que pasa en el mundo, lo que ha pasado y lo que puede pasar aquí. Además, una de las razones por las que quiero ir a la universidad es porque me gustaría vivirla, aparte de estudiar. Por lo que me cuenta mi hermano y sus amigos, hay movimientos de estudiantes organizados, con los comunistas intentando captar gente para lo que ellos llaman lucha antifranquista. Te puedes encontrar policías en la universidad matriculados como alumnos y que envían informes al Gobierno, y estudiantes de extrema derecha que actúan contra los de izquierdas, y hay asambleas y debates, y también mucha vida cultural al margen de la política... Me parece apasionante y no me gustaría perderme todo eso, y si no voy a la universidad, desde luego me lo pierdo. España va a cambiar, y quiero vivir ese cambio.

—¿Quieres entonces matricularte en políticas para estudiar esa carrera o para meterte en líos?

—No sé muy bien lo que quiero, Lucía. Tengo diecisiete años, como tú, y no puedo seguir siendo la hija de mamá y papá a la que le resuelven todos los problemas; a veces me siento en una especie de jaula de cristal. De cristal no, porque no veo bien lo que hay fuera del mundo que me rodea. Voy al cine y en el *NODO* todo es fantástico; no he hablado nunca con nadie que me dijera que en España no hay libertad, aunque algo he leído sobre dictaduras y libertad. Mira, tú haz lo que

quieras, pero si apruebo PREU, en cuanto llegue la fecha, me pienso apuntar en políticas, y que sea lo que Dios quiera. Y si no me gusta, ya buscaré otra cosa. Una vez que empiece a estudiar y conozca la universidad sabré si quiero seguir en políticas o prefiero otra carrera. Hoy, ahora mismo, no se me ocurre ninguna que me apetezca más.

—Pues lo pensaré también. He estado dando vueltas a magisterio, pero no es carrera universitaria, yo creía que sí. Y me apetece ir a la universidad, lo hemos hablado muchas veces. Estudiar políticas no me parece mala idea.

Tampoco se lo pareció a Ramón.

—¿Así que políticas?

—Yo todavía no lo tengo muy claro, en cambio Carmen está decidida. Pero es probable. ¿Y tú?

—Ya lo sabéis, siempre dije medicina y no he cambiado de idea.

—¿Está muy lejos tu facultad de la de políticas?

—Pues no lo sé, en la Complutense no están muy lejos unas de otras. De todas maneras, durante la semana no creo que tengamos mucho tiempo para quedar, al menos yo. Por las prácticas, que supongo que las tendremos casi desde el primer curso. Pero si es por vernos, no os preocupéis, podemos hacerlo los fines de semana.

—Al principio —dijo Lucía—. Lo normal es que hagamos amigos nuevos.

—Por supuesto, pero se pueden tener amigos nuevos sin dejar atrás a los de siempre. Bueno, yo estoy seguro de que os seguiré viendo a las dos. A no ser que me dejéis atrás para emprender esa vida universitaria de aventura permanente que me estáis describiendo.

—Claro que no, qué cosas dices... —le cortó Lucía.

—Bueno, de vosotras depende. A mí, desde luego, ni se me pasa por la cabeza que terminar con el liceo suponga que dejemos de vernos y de ser tan amigos como hemos sido siempre.

—Evidentemente —añadió Carmen—. A nosotras tampoco. Cambiaremos de vida, conoceremos más gente, seguro que también cambiaremos de forma de pensar, pero los amigos de verdad son para siempre.

—Vaya frase más cursi te ha salido —remató Ramón.